

## LA ROSA Y EL PENSAMIENTO

(APÓLOGO)

Sobre la alfombra del gabinete de Consuelo, que era una niña dulce y simpática como su nombre, yacían un pensamiento y una rosa, á poca distancia el uno de la otra, pero bien diferentes entre sí.

Mal hemos hecho en llamar rosa á los restos de la hermosa flor que tapiaban la alfombra; eran los pétalos arrancados del cáliz, frescos y rosados todavía, llenos de grato perfume, pero rotos y dispersos á merced del aura de la tarde, que entraba por el abierto balcon.

En cuanto al pensamiento, parecia hacer muchos dias que habia sido separado de la planta; pero graciosamente inclinado sobre su delgado tallo, conservaba su bella forma, y sus cinco pétalos suaves y tersos tenían el brillo

de la seda, dando claro indicio de que una mano delicada habia cuidado de él.

—¡Pobre rosa! decia la pequeña flor á su desgraciada compañera. ¿Qué mano cruel te separó del tallo para tratarte tan duramente, á tí la reina del jardin, á tí que encantas con tu belleza la vista del hombre, que atraes y hechizas con tu gracioso balancear sobre el esbelto tallo á los insectos de doradas alas, y prestas delicado aroma á la brisa de la primavera?

—¡Ay de mí! dijo la rosa, ayer nací en el jardin de esta misma casa, y al momento que se abrió mi cáliz á los rayos del sol, que me acarició el céfiro de la mañana, cuanto tú me has dicho y mucho más me decian las aves, las blancas mariposas y los insectos brillantes, verdes y dorados, que batiendo

sus tenues alas venian á posarse en mi fresca corola. Yo comprendia que era hermosa, no porque lo decian los habitantes del jardin, sino porque lo eran todas mis hermanas, que como yo adornaban las ramas del rosal; pero pensaba que no habia ningun mérito en mí, y que alguien habria sabido, grande y bueno que nos habia criado á mis hermanas y á mí, á los claveles y azucenas, á los ruiseñores y mariposas, y al sol que á todos nos daba calor, luz y vida; y á ese *alguien*, á ese Ser desconocido, queria yo regalar mi pura esencia; y le decia al céfiro de la mañana que si él sabia dónde estaba le llevase en sus alas el tributo de mi perfume.

De pronto, seres más perfectos que cuantos yo habia visto hasta entónces, se presentaron en nuestra mansion. Una alondra me dijo que eran los niños de la casa y sus amigos, que bajaban á tomar el fresco en el jardin, mientras llegaba la hora de ir al colegio.

Eduardo, que así llamaban los demas al niño de la casa, era un travieso muchacho, que pisoteaba las plantas pequeñas, y perseguia sin descanso á las mariposas. Enriqueta y Juanito, sus amigos, le imitaban; pero Consuelo, hermana de Eduardo, se acercó á mí, aspiró mi perfume, alabó mi belleza, y se fué á regar una planta de claveles que crecia cerca de mí.

Llegó, por fin, Eduardo.

—¿Quieres que te coja una rosa, Enriqueta? dijo á la niña, y sus negros ojos se fijaron en mí.

—Toma esta que es bonita, que las demas están pasadas.

Y me separó del tallo.

—¿Qué más puedo decirte?...

—Mi existencia de dicha y de purísimo

placer terminó entónces, y empezó mi tormento.

Enriqueta me colocó entre sus rubios cabellos, y allí permanecí un breve rato; pero, llegada la hora de ir al colegio, yo estorbaba para ponerse el sombrero, la niña me cogió y me metió en su bolsillo, donde fueron mis compañeros algunos dulces, un pañuelo, la cabeza de la muñeca que acababa de desprenderse del tronco (gracias á las travesuras de su dueña) y el libro de lectura.

Desde aquella estrecha cárcel, privada de aire y de luz, oí las disputas de Enriqueta con sus compañeras, las reconvenciones de sus profesoras, y le oí decir á la niña una mentira, pues cuando la llamaron á leer, dijo que habia olvidado el libro en su casa, siendo así que era mi compañero de prision.

Permanecí allí hasta la tarde, hora en que Juanito y su hermana vinieron á este mismo gabinete á buscar á Eduardo y la suya, que el uno leia y la otra tocaba el piano. Juanito cerró de pronto el piano de Consuelo, y Enriqueta arrancó el libro de las manos de Eduardo y lo arrojó lejos. El se enfadó, la llamó fea, y se arrepintió de haberle dado una rosa.

—¡Ah! ya no me acordaba, dijo ella. Mira el caso que hago yo de la rosa.

Y sacándome del bolsillo, á mí, inocente, me deshojó y me arrojó sobre la alfombra.

Aquí, durante mi abandono, he reflexionado que ese sér privilegiado, llámese hombre ó niño, con su poderosa facultad de obrar mal ó bien, y sus instintos destructores, puede llegar á ser un azote de las otras criaturas, al paso que nosotras, en nuestra humilde esfera, llenamos dócilmente el

fin á que nos destinó la Providencia.

—Mi historia, dijo el pensamiento, semejante á la tuya en un principio, es muy diferente despues.

Nací tambien en el jardin de esta casa, no léjos del rosal que te dió la vida. Yo carecia de perfume; pero un ruiseñor me dijo que mis morados pétalos, primorosamente matizados de amarillo, eran uno de los más bellos adornos del jardin: tampoco me envaneví por ello: ¿qué habia hecho yo para nacer hermoso?

Tambien pensé: el que me ha criado tan lindo se complacerá en mirarme; esto me basta.

Empero, como tú, pobre rosa, tuve la desgracia de atraer las miradas de Eduardo, y de ser por él separado de la planta.

—¿Quieres un pensamiento, hermanita? dijo á Consuelo.

—¡Ay qué hermoso! ¿Por qué lo has cogido? contestó ella.

Y tomándome entre sus blancos dedos, me conservó miéntras corrió por entre las flores; despues se fué á estudiar la leccion de piano, durante cuyo tiempo estuve colocado entre sus labios; cuando llegó la hora de ir al colegio, me puso en un pequeño jarro de porcelana, donde permanecí dos dias, provisto de agua abundante y cristalina.

¡Cuántas escenas agradables presencié desde esa rinconera!

¡Cuántas veces tuve ocasion de ver las caricias que Consuelo prodigaba á su mamá, de observar su bello carácter, su docilidad encantadora, y la amable condescendencia con que trataba á su hermano, que es terco y voluntarioso!

Por fin, al tercer dia la amable niña

me extrajo del agua, enjugó mi tallo con su pañuelo; fué á buscar un hermoso libro, y despues de besarme con cariño, me extendió sobre sus hojas, desarrugando mis pétalos cuidadosamente. Despues cerró el libro, y allí quedé encerrado, pero no triste, puesto que me veia objeto de tan tierna solicitud. En efecto, ¿qué mejor lugar hubiera podido elegir para mi reposo?

El libro, segun he comprendido despues, era una coleccion de historias morales, que contiene preciosas máximas y sanas advertencias. Todos los dias, Consuelo le abre y lee con su dulce voz algunas páginas, que su mamá oye con placer, y que á mí me han hecho comprender á mi manera lo que es el mundo, lo que son los hombres, y tambien nuestro destino.

Ese sér privilegiado, ya sea hombre ó ya niño, no es por lo general tan malo como tú crees, querida compañera, si bien algunas veces, engreido con su inteligencia y su razon, desprecia á los que no la tienen, y aún acaso (fuerza es decirlo) se rebela contra el Omnipotente Sér que se la ha dado, que no es otro que el que nos dió á nosotras aroma y belleza. La humanidad está desterrada aquí, esta no es su patria; mas su amoroso Padre nos ha puesto á nosotras á su lado para recrear sus sentidos, para alfombrar sus caminos, para embellecer su destierro: hay almas que lo comprenden así, y miran en nosotras unas tiernas compañeras; mas las hay tambien que nos miran como objetos inútiles y despreciables... compadezcámoslas: privadas de sensibilidad, no alcanzan los purísimos goces que ella proporciona.

Ademas, nuestros sufrimientos con-

cluyen al terminar nuestra efímera existencia, y ellas sufrirán en otra vida el castigo de su dureza, porque las tales son también ingratas al Criador, y crueles con sus semejantes.

Volvamos á Consuelo. Todos los días, después de leer un rato, como llevo dicho, me coloca en la página en que ha suspendido su lectura; mas hoy, después de estudiar su lección de piano, había tomado el volumen, que parece serle muy querido, me había besado y empezaba á leer: en aquel momento se oyó la voz de su mamá, que la llamaba; la dócil niña dejó el libro abierto sobre el piano y salió inmediatamente. Yo quedé sobre las blancas hojas del libro, sin amparo y temblando al contacto del aura de la tarde. Por fin, una violenta ráfaga de viento me arrastró hasta aquí; pero todavía espero, si es que el mismo viento que sopla y nos arrastra inclemente no me lleva lejos de esta habitación hospitalaria, que mi amiga, no encontrándome sobre el libro, me buscará por todas partes y vendrá en mi auxilio.

La noche avanzaba, y Consuelo no parecía. Por fin se presentó en su gabinete acompañada de su hermano.

—¿Qué vas á buscar? dijo éste.

—Mi libro para leerle á mamá una de estas lindas historias, contestó la niña. Mas ¡ay! el libro está abierto, y un pensamiento que yo tenía en él se habrá perdido. ¡Por Dios, hermano mio, ayúdame á buscar mi amada florecilla!

Eduardo se rió, pero amaba á su hermana, y fué á buscar una luz para registrar el gabinete en busca del pensamiento.

—Mira, dijo por fin, aquí está junto con la rosa que la soberbia Enriqueta ha deshojado.

Y lo entregó á la niña, que, regocijada, lo colocó en aquel libro, tan bello como su alma.

El pensamiento pasó mucho tiempo en la dulce compañía de Consuelo.

¡Dichoso él que logró tan simpática y tierna protectora, y dichosas las niñas que se parecen á ella! ¡Niñas de corazón puro, de alma tierna y candorosa, que vagan todavía entre la tierra, que apenas se atreven á pisar, y el cielo de donde han descendido, que tienen á las flores por amigas y á los ángeles por hermanos!

Barcelona, 1872.

PILAR PASCUAL DE SANJUAN.



A. MINNE.

## EL ESTUDIO DEL DIBUJO



El estudio formal del dibujo tiene una verdadera importancia bajo todos conceptos. Generalizado este estudio, es de gran utilidad para las artes y la industria de un país, y contribuye poderosamente á la riqueza y prosperidad general.

Si el conocimiento del dibujo no tuviese otro objeto que la práctica de las bellas artes, sólo sería verdaderamente útil á un reducido número de personas dotadas de un talento especial. Pero ese estudio sirve también para el ejercicio de un gran número de profesiones industriales. La gran facilidad con que en Francia se estudia el dibujo es la causa principal del favor que encuentra la industria de aquel país en los mercados de Europa. Los obreros franceses no son más

laboriosos ni más hábiles que los alemanes, ó los ingleses, ó los españoles, pero para la ejecución de todo objeto en que entran por algo el arte y el gusto, tienen notable superioridad.

Conveniente sería que todos los pueblos, áun los de menor importancia, tuvieran su escuela de dibujo. La abundancia de escuelas de dibujo, de museos y de cuadros en los templos es de la mayor utilidad para formar en los pueblos el gusto artístico y acostumar á los jóvenes á distinguir lo bello y apreciar lo bueno.

Todo padre celoso de la buena educación de su hijo, debe fomentar en él la afición al dibujo, cuyo estudio es, como dejamos ligeramente apuntado, sumamente importante.

## LA HISTORIA DE ESPAÑA

(Continuacion)

### VI

#### LOS CARTAGINESES

Después de los Fenicios, de los Rodios y de los Foceos, aparece en España un nuevo pueblo, el pueblo cartaginés, que también debía influir, y no poco, en la suerte de la antigua Iberia. Tenían los Cartagineses su metrópoli en la costa de Africa, inmediata á Túnez, y del puerto de la ciudad de Cartago salían continuamente escuadras que cubrían el mar Mediterráneo. La navegación y el comercio eran sus ocupaciones principales, si bien no se contentaban sólo con establecer colonias, como los pueblos griegos que hemos citado ántes, sino que aspiraban á dominar á los demás países, ya por medio de la política, ya por la fuerza de las armas.

Natural era que las fértiles costas de nuestra patria les llamaran la atención, y que las narraciones de los demás navegantes y de los mismos españoles, ponderando nuestras minas de plata y oro, la abundancia de los ganados y lo ameno de los diversos territorios, abriesen en los cartagineses la curiosidad y la codicia, y al fin fueron estableciendo factorías, fundando pueblos, y apoderándose del litoral de nuestra Península más próximo á la prepotente Cartago.

En efecto, Cartago había llegado ya á un estado el más floreciente. Todos los días salían de sus puertos numerosas flotas, que volvían cargadas de riquezas de las ciudades marítimas, y orgullosa con su suerte, se consideraba casi como el primer pueblo del mundo. En el siglo IV ántes de Jesucristo vióse, sin embargo, precisada tan poderosa república á abandonar todos los fuertes, templos y mercados que tenía en aquella parte de nuestra España que llamaban Bética, hoy Andalucía, porque los Romanos la acometieron, y tuvo que defender su capital, abandonando por de pronto las colonias. Asegúrase que entre tanto los andaluces se declararon independientes de Cartago, pero lo cierto es que al terminar los Cartagineses su guerra con los Romanos, á que se dió el nombre de primera guerra púnica, no supieron resignarse á perder la Bética, y enviaron un poderoso ejército para recobrar sus antiguos dominios, en el año 237 ántes de Jesucristo.

Mandábale Amilcar Barca, que fundó más adelante la ciudad de Barcelona, y desembarcando en Cádiz, población que se mantenía en buenas relaciones con Cartago, comenzó sus incursiones por el continente, talando las campiñas y saqueando los pueblos. Sujetada quedó la mayor parte de An-

dalucía, y viéronse tambien reducidas á la obediencia la Extremadura y parte de Portugal, despues de nueve años de peleas, pero los Vectones lograron contener los progresos de Amilcar, confederándose con otros pueblos y presentándole formal batalla.

Hallábase Amilcar sitiando la ciudad de Helice, y fingiendo Orison, uno de los coligados, que iba á socorrerle, introdujo un refuerzo en la plaza, mientras los demas se valieron de un medio que puso en el mayor desorden las tropas cartaginesas. Colocaron los Españoles sus tropas detrás de unos carros de leña, y al ser embestidas por los soldados de Amilcar, la encendieron y aguijonearon los bueyes, que llevando doquier las llamas, esparcieron el asombro y el terror, mientras que, saliendo de improviso la guarnicion, caia sobre ellos y los derrotaba completamente. No tuvo Amilcar más remedio que huir, pero perseguido por la caballería de Orison, cayó del caballo al atravesar las aguas del rio Guadiana, y pereció ahogado.

No desmayaron por esto los Cartagineses, pues encargando el mando del ejército al jóven Asdrúbal, tomaban de nuevo la iniciativa del ataque, recibian socorros de la metrópoli y derrotaban á Orison, apoderándose de algunas ciudades principales. Entónces fué cuando los Cartagineses extendieron su dominio por la Celtiberia, en términos de edificar el mismo Asdrubal una ciudad en los confines de Valencia y Mur-

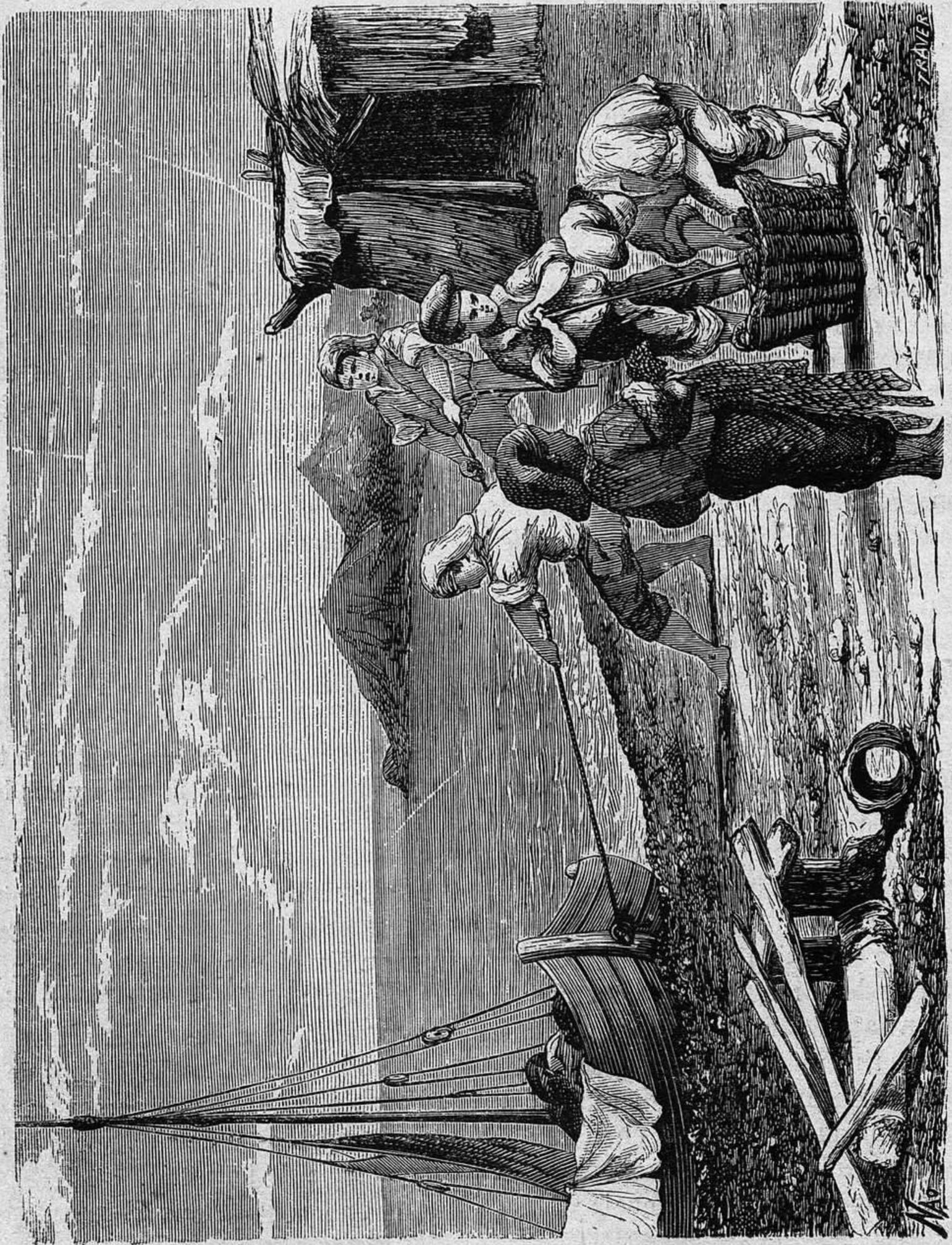
cia, llamándola Nueva-Cartago, hoy Cartagena. Por otra parte, conociendo el jóven Asdrúbal que el amor y las virtudes sirven tambien para conquistar la voluntad de los pueblos, comenzó á tratar á todos con más humanidad, y hasta llegó á casarse con una española, hija de una familia de las más distinguidas. Sin embargo, no pudo llegar á más su buena política, porque ya entónces se mostraba Roma muy celosa de las conquistas de los Cartagineses, y deseando participar de las riquezas de España, envió embajadores á Asdrúbal requiriéndole para que se limitase á lo que ya poseia Cartago y no incomodase á los pueblos situados entre el rio Ebro y los Pirineos, que se habian confederado entre sí, y declarado amigos y aliados de los Romanos. No manifestó Asdrúbal cuáles fuesen sus propósitos en este punto, pero resentido un esclavo de que hubiese quitado la vida á su amo, le asesinó alevosamente, terminando de tan desgraciada manera la vida y las hazañas del general cartaginés.

Sucedióle en el gobierno el famoso Anibal, por aclamacion del ejército, confirmando despues el senado de Cartago su eleccion, y durante su mando, si dió aquel caudillo grandes pruebas de su valor y de sus dotes militares, tambien las dieron los Españoles de su indomable teson, de su perseverancia en las empresas y de su amor á la independencia de la patria.

FLORENCIO JANER.



TIPOS DEL PUEBLO ESPAÑOL



Jóvenes pescadores de la costa de Tarragona.

## LOS GRANDES INVENTOS CONTADOS Á LOS NIÑOS

### POCAS PALABRAS Á LOS LECTORES

Muy léjos estaba de pensar, lectores queridísimos, al escribir la *Geometría de los niños*, que el ilustrado Director de esta Revista habia de conceder á mi pobre, á mi humilde trabajito el honor de terminarlo del modo que todos habeis visto en la página 40, correspondiente al tercer número de este sexto tomo.

Y pues la sorpresa fué grande, y grande el compromiso por ello contraido, deber mio, deber ineludible, es manifestar aquí cuán poca es mi confianza de poder corresponder dignamente á la distincion recibida.

Si Carlitos, el ilustre profesor de Geometría, hubiera explicado á sus amiguitos alguna nueva ciencia, fácil seria para mí satisfacer la deuda contraida, ya que para ello sólo bastaba presentaros las explicaciones de mi singular y querido amigo. Pero no ha sido así, Cárlos no ha seguido en sus tareas de catedrático, y hé aquí por qué yo tengo que poner de mi propia cosecha aquello que quiera comunicaros.

¿Qué hacer?

Esta era la pregunta que vino á mí mente al recibir el número de esta Revista en que terminaba mi *Geometría*, digo mal, la *Geometría de Carlitos*.

Presentaros una nueva ciencia no era difícil para mí, pero ante la posibilidad de que Cárlos pudiera al fin explicarla á sus compañeros, debia esperar á ha-

cerlo. La duda, pues, persistia, y á resolverla vino el hallazgo de unos papeles que permanecian há tiempo olvidados en mi bufete. En estos papeles ví los primeros artículos de una coleccion que empecé á escribir y en que debian hallar lugar los principales inventos con que la inteligencia humana ha venido poco á poco á cambiar el modo de ser de la sociedad presente.

Estos artículos son los que aparecerán sucesivamente tras estos renglones, y en ellos podreis conocer los nombres de los que nos han dado los telégrafos y el vapor, la brújula y el papel, los ferro-carriles; en fin, todo aquello que hoy veis, y que no cautiva, tal vez, vuestra atencion como hacerlo debiera por su gran importancia.

He dicho que conoceréis los nombres de los grandes inventores: no es esto sólo, los inventos acompañarán á los inventores; y así, hombres y cosas en comun consorcio serán sometidos á vuestra infantil consideracion.

Trabajo es el que emprendo en que deberé tomar á cada paso notas mil de diversas obras; pero aunque la tarea es ímproba, de todo quedará pagado si dignos de vosotros encontrais estos artículos.

Aprestaos, pues, á ver aparecer esta serie de cuadros en que habré de presentaros hechos tan diversos y maravillosos, y sed benévolos con el que para vosotros los escribe, sólo por la

utilidad que los conocimientos que en ellos adquirais puedan reportaros.

¿Será hora ya de empezar?

Seguramente: y por eso va en seguida el papel á ocupar vuestra atencion. Paso, pues, al primer invento.

## EL PAPEL

### I

Materia es el papel, niños queridos, que tiene una importancia inmensa. Para vosotros, que aún no podeis conocer el valor real de los objetos, y mucho ménos apreciar su influencia, para vosotros no es el papel más que una fina hoja, que lo mismo os sirve para escribir que serviros podria para hacer pajaritas ó pintar abigarrados dibujos.

Esto de que voy á hablaros merece, sin duda alguna, que vosotros y yo fijemos nuestra atencion para hacerlo objeto de nuestro estudio.

¡Un papel de color!

¿Cuántas veces no habrá cautivado vuestra atencion?

Más seguro es esto que suponer que conoceis la influencia de esta fina materia sobre que leéis estos renglones.

—¿Pero tanta tiene?

Una sonrisa de incredulidad asoma á vuestros labios al hacerme la anterior pregunta.

—Vaya, direis; nosotros nada debemos al papel.

¡Cuán engañados estais! ¿A quién sino al papel debeis poder leer estos renglones?

¿No es verdad que tenia razon sobrada? Seguramente la incredulidad no era justa; yo no pretendo engañar á quienes, como á vosotros, considero mis queridos amiguitos.

Empiezo mi tarea, pues me distraigo inútilmente.

¿Quién inventó el papel?

Debo deciros, niños queridos, que no lo sé, y puedo añadir á esta confesion espontánea que creo que nadie lo sabe.

—¡Qué franco es el autor de estos renglones! dirá regularmente alguno de mis lectores.

Sí; yo sólo quiero presentaros la verdad desnuda.

Es, pues, el papel semejante á otras muchas cosas que indudablemente han venido perfeccionándose desde la antigüedad, si se admite, como parece probable, que en el Oriente se fabricó por la primera vez.

La invencion de la escritura hizo necesaria una materia para escribir: el primer papel que usó el hombre fué la piedra.

¡Bonito estaria que vosotros tuviérais por plana en la escuela pedazos de piedra! No hay cuidado ahora de que tal suceda; los adelantos de la industria han hecho producir el papel de mil materias distintas.

Entraria desde luego á tratar de su fabricacion, si ántes no quisiera daros á conocer las diferentes transformaciones que ha sufrido la materia principalmente destinada á fijar el pensamiento humano, ó transmitirlo de generacion en generacion.

Es preciso haceros la historia del papel.

Os he dicho que la piedra fué el primero que se usó: efectivamente, los más antiguos monumentos escritos que hoy se poseen, están grabados en piedra.

Los caldeos usaron de una especie de ladrillos que hoy se ven en algunos museos. En ellos consignaron sus ade-

lantos en la astronomía, y ellos han venido hasta nuestros días como para demostrar lo que va de ayer á hoy.

Podeis buenamente, queridísimos lectores, suponer que no quiero llamar á la piedra verdadero papel: no: en ella sólo tenemos lo que con la madera sirvió primeramente al hombre como tal.

El verdadero papel aparece en Egipto en el papyro ó *papyrus*.

¿Papyrus?

Es singular el nombre, sin duda alguna; pero esto no importa nada para que yo deje de querer explicaros lo que era esta planta.

El papyrus era, y es, porque existe todavía, una planta que crece en terrenos donde siempre hay agua estancada. El Egipto y la Abisinia, países del Africa, y la Siria, que supongo sabreis está en Asia, cuentan dicha planta en el número de las que forman su flora.

En Egipto principalmente, abunda de un modo extraordinario, y en él parece haberse usado como papel la primera vez.

¿En qué año aconteció esto?

No puedo afirmar; pero hay quien asegura que ya se usaba en tal concepto en tiempo de Moisés. Muchos años hace de esto, queridos niños, más de tres mil.

Es muy viejo el señor papel; por esto débesele respetar doblemente; la ancianidad es acreedora siempre á la veneración de los niños.

El viejo papel era, pues, la hoja del papyro, planta que consta de un largo tallo, que tiene en su extremo un hermoso penacho formado por gran número de filamentos de un precioso color verde. Este penacho está regular-

mente muy alto: el tallo á que está unido tiene tres ó cuatro metros de alto.

Ya conoceis la planta; ahora vais á saber el modo con que los egipcios la preparaban para que pudiera admitir la escritura. Se cortaba el papyrus en el tiempo de su recolección, conservando la parte baja del tallo, que era la que habia estado dentro del agua. De este tallo se quitaban la corteza y otras capas sucesivas que le formaban: estas eran muy delgadas y finísimas, siendo su color más blanco á medida que al centro del tallo se aproximaban. Cuando aún estaban frescas se estiraban y prensaban, dándoles finura y resistencia por medio de un encolado. La unión de estas hojillas daba grandes hojas y rollos. El papel estaba formado; podia entregarse al comercio.

También se comerciaba con el papel; sí, queridos lectores, esto se hizo por aquellos antiguos tiempos en grande escala.

Pero debo haceros una pregunta. ¿Qué tal os ha parecido la fabricación primitiva del papel?

Muy fácil; ¿no es verdad?

Estoy seguro de que cualquiera de vosotros era fabricante de ese modo.

—Nos falta el papyrus, me direis.

No lo creais: en Paris se ha introducido no hace muchos años su plantación, y aunque con dificultad se ha resuelto el problema de su aclimatación: esto no pudo lograrlo, tal como lo deseaba, el rey de Siracusa, Hieron.

¿Quereis saber lo que hizo este rey?

No creais que era fabricante de papel; no, el buen señor no era industrial; pero quiso allá por los años 450 ántes de Jesucristo plantar en Sicilia el papyrus: su propósito no tuvo un éxito completo, porque las plantas

crecieron poco y dieron, por lo tanto, mal papel.

Está claro; ¿quién ha visto á un rey meterse á fabricante?

Si esto dijéseis no seria justo; el rey de Siracusa quiso tener la planta para no tener que depender del Egipto. Quería evitar el monopolio que esta nación ejercía en la venta del papel.

Vosotros tal vez ignoreis lo que la palabra *monopolio* significa; yo voy, por si así es, á decíroslo. Se llama así al tráfico ejercido por uno solo, que, prevaleciéndose de esta circunstancia, abusa de su posición en perjuicio de la generalidad.

Volveré á lo importante: ahora es necesario conocer los progresos del papel.

En Egipto se conocían varias clases: era la mejor el denominado *augusto*; llamado primeramente papel sagrado ó *hierático*. Había, pues, papel de lujo y comun; las categorías existían entonces como ahora.

En Roma se perfeccionó despues, en tiempo del emperador Claudio, pues los papeleros romanos lavaban, batían y encolaban los papyros, consiguiendo un rico papel, que fué entonces el más apreciado.

Ya veis, niños queridísimos, cómo lo que teneis en las manos al leer estos renglones empezó á perfeccionarse desde su infancia. Ya os he dicho que este producto es muy antiguo, y no es ex-

traño, por lo tanto, que hoy se encuentre tan perfeccionado.

Y esto lo sabeis perfectamente vosotros que gustais de escribir lindas cartitas á vuestros papás ausentes, en unos pliegos de papel tan preciosos, que parece feísima vuestra letra al lado de las lindas labores y mil cosillas que á aquel adornan.

Ya ireis viendo al señor papel en su larga y dilatada carrera, debiendo hoy deciros lo que costaba un pliego en aquellos tiempos tan lejanos de que os he hablado.

¿Cuánto seria?

Si departir pudiera con vosotros, os pediría lo acertáseis; pero esto es imposible; tengo, pues, que decíroslo.

Veinte reales, niños, costaba lo que ahora vale un miserable cuarto.

¿Qué diferencia tan notable!

Y voy á terminar este articulito dándoos una curiosa noticia.

¿Sabeis para qué servían en el viejo Egipto los papyros escritos y viejos?

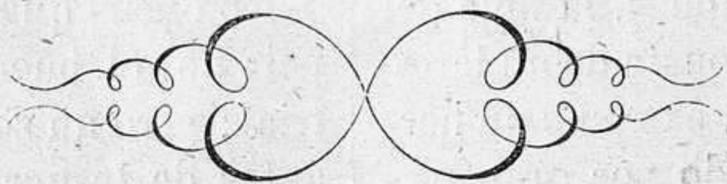
No lo acertareis nunca: para hacer calzado, cuyas suelas estaban formadas por muchas hojas sobrepuestas.

¿Para hacer zapatos!

Sí, niños, y con la particularidad que esos viejos calzados son hoy ricos documentos que se guardan en los museos como necesarios para el estudio de la ciencia arqueológica.

¡Todo sirve, hasta los zapatos viejos!

E. THUILLIER.



UN JUEGO MUY FEO



Vean Vds. un juego que es muy frecuente entre niños, y sin embargo, es grosero, impropio y digno de la mayor censura.

Entre niños bien educados debe evitarse todo juego peligroso ó indigno.

## LOS NIDOS DE LOS PÁJAROS

### I

Mil veces habreis entrado en un jardín, mil veces habreis paseado por una pradera, por un bosque, junto á un riachuelo ó al pié de una cascada, y os habrán dicho: «Allí hay un nido,»— «vamos á cogerle,»— «aquel nido está muy alto.»—Y jamas se os habrá ocurrido que los pájaros que han construido aquellos nidos, no los hacen todos indistintamente en cualquier parte, sino que cada uno, cada clase de aves, tienen sus gustos, sus costumbres, sus construcciones diferentes, pero que siempre ejecutan del mismo modo.

Hay pájaros que construyen sus nidos en los troncos de los árboles, otros en las ramas, otros en los arbustos, otros entre las flores, en los rosales, etcétera. Otras aves los construyen en los muros de las casas, en las tapias, entre las peñas ó en las orillas de los rios.

Los cuervos y las cornejas hacen sus nidos en las ramas más altas de los árboles. Tienen la forma de unos cestos ordinarios, que contienen los huevos, y los construyen de ramas secas que las cornejas recogen en el suelo. Con largas hebras de raices entrelazadas forman un segundo cesto interior. Son las cornejas jóvenes las que se encargan de la construcción de los nidos, y las viejas vuelven siempre cada año al mismo nido, y si alguna vez abandonan alguno, no se paran nunca en el árbol donde se halla.

Los cuervos hacen los nidos como

las cornejas, pero en vez de raices los guarnecen interiormente de pelos y de lana. Los pelos suelen ser de conejo, y visto el nido de cerca, se ve que está artísticamente formado. Buscan siempre árboles de difícil acceso para formarlos.

Las garzas reales construyen sus nidos de un modo parecido á los de los cuervos y cornejas, pero de mayor volumen. Sus huevos son de color verde pálido.

El pinzon y el jilguero construyen muy hermosos nidos. El primero busca, ya sea en árbol ó en zarza, una rama que forme como una horquilla para sostenerle. Emplea lana, que la trabaja, la mulle y la teje con musgo, de modo que resulta una especie de fieltro. Se sirve principalmente de pelos de vaca, que recoge de los prados y de junto á los troncos de árboles donde las vacas suelen restregarse.

El jilguero se sirve para entapizar su nido de una especie de plumazon ó algodón que recoge de ciertas plantas. En él se hallan cinco pequeños huevos de un blanco azulado, manchados de rojo gris.

La paloma torcaz tan pronto construye su nido en la copa de un árbol muy elevado. como en un seto á pocos piés del suelo. Cierta naturalista vió en un mismo abeto nidos de palomas torcaces, de urracas y de chovas, muy cerca unos de otros, sin que se molestasen ni riñesen nunca entre sí.

La zarceta suele construir su nido en el suelo, ó entre las cañas que no

bañe el agua. Otras veces se coloca en una rama baja y pendiente encima del agua, de modo que para alcanzarlos es preciso meterse en ella. Siempre que el ave sale del nido tiene cuidado de tapar los hijuelos con un monton de los mismos materiales que entran en su construccion.

Un hermoso pajarito de la América del Norte, que se llama la silvia amarilla, arranca las barbas de las plantas para construir su nido, y tambien mezcla pelos de animales hallados en los campos. Todos los años hace dos crias de cuatro ó cinco pequeñuelos.

La oropéndola de Europa hace su nido al extremo de una rama, y le forma de sustancias vegetales, hojillas de hierbas, etc. Casi parece un nido suspendido, pues hay ciertas clases de pájaros, de que hablaremos despues, que construyen sus nidos suspendidos y en forma de bolsas.

El estornino de alas rojas, de la América del Norte, tan pronto hace su nido en el suelo, como en la hierba, como en las ramas. En este caso el pájaro ata varias ramas juntas y forma un cilindro hueco con cañas mojadas y hierba.

Otro pájaro muy comun en la América del Norte, el gorrion de pecho amarillo, construye un nido hermosísimo, muy oculto entre los matorrales y entre zarzas bien provisto de espinas. Se compone en su exterior de hojas á las cuales sucede una capa de corteza de parra, y está guarnecido de hierbas secas y de filamentos de raíces. Si le atacan, no huye, sino que se irrita y le defiende con teson.

El águila de cabeza blanca, ave americana muy notable, hace un nido grande en árboles de mucha altura. Se

compone de palos de cinco ó seis piés de largo, rellenándolo con musgo, hierbas y juncos. Cuando está concluido parece un cesto, midiendo de uno á dos metros de diámetro. Ponen tres ó cuatro huevos grandes y redondos por ambos extremos. El nido se distingue desde muy léjos.

## II

El verderon de las cañas elige para su nido los sitios pantanosos, casi enteramente cubiertos de agua estancada y llenos de cañas. Le forma con musgo, con pedacillos de juncos atados con hojas, y forrado en su interior con pelos de vaca. El pájaro pone cuatro ó cinco huevos de un verde muy pálido, manchados de pardo y de verde.

El pardillo azul de América hace su nido entre dos ramitas de una zarza, atándole con filamentos de hierbas, y por dentro hierbas menudas.

El pájaro-mosca, aquellas diminutas avecillas de América que tanto admiramos por su pequeñez, su viveza y la brillantez de sus plumas esmaltadas de rojo, carmesí, plateado y oro, azul turquí, verde esmeralda, y mil preciosos colores, hace un nido muy notable, aunque sumamente pequeño. Busca con su pico por entre los troncos de los árboles una especie de seta del género hongo, y con fragmentos de esta seta hace un nido que parece construido con yesca seca y prensada, de color amarillento. Otra de estas peregrinas avecillas construye su nido con plumazon ó algodón de ciertos granos que el pájaro entrelaza, formando una especie de pared, y en el exterior planta una cantidad de líquen gris que crece sobre los árboles.

(Se concluirá.)

## EL PADRE Y LA HIJA



Habeis de saber, amados niños, que ese caballero era ántes un hombre poco estimable, desordenado en su conducta, vicioso, y que seguia un camino de perdicion.

Ahora, por el contrario, ese caballero es un hombre sumamente laborioso, formal, constante en el cumplimiento de sus deberes, morigerado, y digno por consiguiente del aprecio de todo el mundo.

¿Y quién ha hecho ese milagro?... Quien hace todos los milagros: Dios, que le ha enviado una hija, que es su orgullo, y su esperanza, y su felicidad.